

### LA LITURGIA, LUGAR PRIVILEGIADO DE LIBERACIÓN Y LIBERTAD<sup>3</sup>

#### 1- *Una contribución vital: la Liturgia*

Durante la Liturgia griega y después de haber recibido la comunión eucarística, el pueblo canta: “Hemos visto la Luz verdadera, hemos recibido el Espíritu “supra-celestial”, hemos hallado la Fe verdadera adorando a la Trinidad indivisa: ella, en efecto, nos ha salvado”.

Quizá pocas fórmulas litúrgicas puedan describir mejor, en una síntesis en extremo concreta, “la acción-reacción” divino-humana que acontece en ese “ambiente-momento” privilegiado, la Liturgia, por la cual el hombre es constantemente llamado a vivir las perspectivas histórico-salvíficas narradas y propuestas por la Biblia: una fórmula litúrgica, por consiguiente, que habla del Don perfecto que proviene de lo alto (*Jn* 3,7), de la recepción de la salvación y liberación por parte del hombre a ello solicitado.

Luz verdadera, Espíritu Santo, Fe verdadera, son los agentes de la liberación obtenida en la adoración sobrenatural -sólo posible por la gracia divina- dirigida a Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. Una adoración hecha específicamente posible por el Espíritu de Dios, y sólo por él (*Rm* 8,15, cf. todo el contexto del cap. 8), el mismo que hace a los hombres libres para siempre (*Jn* 8,32) porque él es el autor de la verdad que libera (*idem*).

De este modo la Liturgia es para el hombre lugar y momento privilegiado -que no excluye otros muchos modos y momentos- de este continuo actualizarse de la liberación y de la libertad de cada hombre en particular y de los hombres en comunidad, de todos aquellos que el Señor quiera llamar (*Hechos* 2,39).

Liberación que la Biblia describe como iniciada con la Creación, continuada a través de todas las alternativas de la Historia de la Salvación que culmina en la Pascua histórica, y celebrada y actuada luego sin interrupción por la comunidad de los redimidos, hasta la consumación de este mundo, a través de la *anamnesis*.

Finalmente, respetando las leyes fundamentales de la Salvación, entre las que tienen la primacía las de la objetividad, la salvación en comunidad, la lucha contra Satanás, el retorno a Dios, el respeto a las esencias, la Liturgia hace que esta liberación sea continuamente posible y libremente aceptada “mientras perdura el tiempo de la Iglesia, en la economía de los signos salvíficos, al estilo del hombre”. Se delinea así, por medio de la reflexión, una antropología litúrgica, que puede proporcionar una importante contribución para el estudio del hombre en sus relaciones con Dios, consigo mismo y con el prójimo.

En la actualidad se vuelve a hablar de las diversas aportaciones de las ciencias teológicas a una “teología” plena y vital: la Biblia, la cristología, la pneumatología, la eclesiología, la teología moral, las otras disciplinas dogmáticas y de la historia de los dogmas, el ecumenismo, la misionología, la teología espiritual, la catequesis, la antropología teológica, encuentran ciertamente en la Liturgia -entendida también como ambiente, como dinamismo, como centro- el lugar de confluencia, de enriquecimiento recíproco, de integración general y específica.

Y tanto más cuanto que los mejores teólogos liturgistas se orientan hoy con gran atención hacia las otras ciencias teológicas y también, como es obvio, hacia las otras ciencias humanas

---

<sup>3</sup> Traducido de “Vita Monastica” n. 97, Marzo-Giugno 1969, por Sor Marta María Caviglia, osb.

modernas, tales la historia de las religiones, la sociología, la psicología, la filosofía, la ciencia del lenguaje, la antropología. Así, algunos de ellos inician su reflexión precisamente por la antropología.

## *2- Un posible punto de partida: la antropología*

En el plano metodológico es lícito partir de consideraciones positivas, entendidas también en sentido fenomenológico, para volver a alcanzar el equilibrio entre inmanencia y trascendencia, entre antropología y “teología”.

Todos los sistemas actuales de pensamiento y de acción insisten en el problema de la autosuficiencia del hombre: es decir, si ésta, en primer lugar, es posible, y luego si existen modos y medios más o menos idóneos para obtenerla y conservarla. Casi todos los sistemas se pronuncian por una autosuficiencia del hombre, que debe ser todavía lograda a través de una fundamental “apertura” de la situación actual. Esta apertura es considerada desde perspectivas muy diversas y hasta opuestas, pero por lo general está centrada y cualificada por los esfuerzos activos, tenaces del hombre en cuanto tal: la ciencia, o la técnica, o el humanismo, o la psicología, o el estetismo, o la construcción de una sociedad justa -o más justa- más auténtica, más autosuficiente como totalidad y en cada uno de sus elementos humanos y estructurales.

Cada sistema tiene también la conciencia viva -signo indudable de autenticidad- de no poseer una “certeza” absoluta, que pueda presentarse como actual, es decir, poseída en el “hoy” en cuanto tal. Por eso algunos sistemas afirman lo absurdo de la realidad tal como es percibida. Otros sistemas se han transformado fácilmente en ideologías (y, a su modo, hasta en metafísicas y “teologías”) más o menos fundamentadas en el ámbito del pensamiento; ellos proclaman -como, por ejemplo, algunas formas de materialismo, el totalitarismo, el anarquismo- la protesta perenne y sistemática, la “contestación”, más o menos general, contra todo lo que existe, con intención de demoler lo que se juzga no válido, para construir lo que se afirma válido y alcanzar así una auto certeza total. Otros sistemas proclaman la necesidad determinista de producir cada vez mayor actividad laboral: el hombre debe hacerse siempre más activo, a costa de cualquier sacrificio, para obtener esta auto certeza. La auto certeza, la autonomía humana, son consideradas como suprema liberación y libertad.

Hace exactamente dos años, con ocasión del terremoto que devastó una zona de Sicilia, tuvimos oportunidad de leer algunas expresiones de reacciones típicas del pensamiento humano.

Ante cataclismos naturales incontrolables, imprevisibles, de los que nadie es culpable, frente a la naturaleza irreductible, frente a la materia desconocida aún en tantos aspectos, se cae en la cuenta de la radical debilidad, de la radical auto insuficiencia del hombre actual, y por eso se incita a combatir, y se lucha para que la sociedad y las clases cambien, se transformen en un inmenso campo de trabajo para dominar finalmente a la naturaleza, para lograr la seguridad; por consiguiente el estudio, el trabajo, el sacrificio, la dedicación, la adquisición del dominio absoluto sobre la realidad conocida, el afrontar la realidad desconocida aún, pero no por mucho tiempo, son justamente propuestos como instrumentos, modos, medios y metas. El mundo debe convertirse en una labor humana de dimensiones inconmensurables, que desborde y devenga incontenible.

Otros sistemas, que están ya actuando con bastante eficacia, recurren a la violencia programática e insaciable como única forma de contestación y de lucha victoriosa. Y precisamente las consecuencias estruendosas de estos planteos deben ser para los cristianos objeto de atenta reflexión. La propaganda puesta en acción, basada en lemas breves, en “máximas” incisivas, acentúa el hecho de que convertirse por fin en seres violentos significa tornarse libres y victoriosos. En el fondo, partiendo de allí se emprende hoy el camino hacia una moderna filosofía y “teología” de la violencia, entendida como única forma de liberación, o más

bien, de creación del mundo. Cuanto había sido anticipado por los éxtasis cuasi “proféticos” de algunos pensadores del 1800, aparece hoy como una realidad puesta en acto.

El cristianismo siempre ha proclamado el Misterio bíblico de la Salvación, que exige una fundamental actitud de conversión y de fe, las cuales son ya una liberación. También otros sistemas proclaman, postulan e imponen como condición esencial una fe humana, como medio indispensable para obtener la certeza de seguir luchando, la seguridad de vencer, de conseguir y mantener la liberación y la felicidad. Sin embargo la diferencia radical del cristianismo (como también de las otras religiones y espiritualidades monoteístas, por lo tanto en primer lugar del judaísmo) consiste en proponer la apertura a lo trascendente, que proporciona motivo y substancia vital a lo inmanente y puramente humano: así pone de manifiesto que la fe no es un hecho puramente humano sino que proviene de Dios, es don de Dios y, como tal, por sí misma otorga la vida. El hombre que se cierra a lo trascendente no estará nunca en condiciones de lograr la deseada autosuficiencia y la felicidad, sino que es y seguirá siendo una realidad que tiene serias posibilidades de ser inútil, y quizá perjudicial y hasta gravemente perjudicial, para sí mismo y para los demás, no obstante desear para ellos el bien. En este sentido el cristianismo puede hasta dar validez a un pensamiento como el de J. P. Sartre cuando afirma que el hombre es un ser “arrojado” al mundo, es realmente una “sobra” inútil y dañina.

Por eso el estudio posible y legítimo que parte del hombre para ascender hasta Dios, y que desde Dios desciende hasta el hombre (“el que me ha visto a mí, ha visto al Padre”, *Jn* 14,8; “Si Dios fuera vuestro Padre, me amaríais a mí, porque yo he salido y vengo de Dios”, *Jn* 8,42) siguiendo la sucesión inmanencia - trascendencia - inmanencia, demuestra que el único argumento que aúna el supremo deseo de liberación, de libertad, de felicidad, es la trascendencia. El más grande misterio del hombre, capaz de una apertura infinita en presencia del Misterio infinito de Dios, es precisamente la fe como continua “*conversio cordis*” (veremos luego como, éste es el presupuesto verdadero, o más bien, el acceso real a la Liturgia, interpretada como don de Dios).

La fe cristiana no es simple fe humana, ni tampoco simple fe divina, sino fe pascual, reasunción bajo dos aspectos de una realidad única: “Señor, ten piedad de mí, pecador” y: “El Padre ha resucitado a Jesucristo de entre los muertos y lo ha colmado del Espíritu Santo”. Esta conversión-fe se vive durante toda la vida en la total e incondicionada apertura a la trascendencia hasta poder afirmar con san Pablo: “Vivo, pero no yo, sino que es Cristo quien vive en mí” (*Ga* 2,20).

La vida de fe, que tiene como momento privilegiado y culminación el culto a Dios por la necesaria mediación de Jesucristo y por la continua presencia del Espíritu en la Iglesia, lleva a aquella liberación total que es la total asimilación a la persona de Jesucristo.

Pero el camino para llegar hasta allí se llama conversión del corazón, fe, bautismo, eucaristía, se llama cruz, muerte, resurrección, don del Espíritu de Dios, se llama ruptura radical con el pasado, cambio total de mentalidad, apertura ilimitada a Dios, obediencia de fe, deseo de cumplir la voluntad divina, reparación de la división que desgarró la personalidad del hombre a causa del pecado. Y ahora y siempre, es sólo el don del Espíritu de Dios el que hace posible todo esto. La Liturgia hace vivir este don del Espíritu, y ella misma es, en verdad, don del Espíritu.

### 3- La “*metanoia*”, verdadera liberación

El don supremo de Dios, el Espíritu Santo, procede como de fuente única, de la Humanidad de Jesucristo Resucitado y produce en el hombre, como efecto primero, la *metanoia*, que es el acceso necesario e indispensable, la condición concomitante e ininterrumpida y también, el acto final de la Liturgia, sea del Antiguo Testamento (cf. *Oseas* 6,6) o del Nuevo, sea de la Iglesia o

de las Iglesias de todos los siglos y de todas las regiones. El vocabulario técnico bíblico-litúrgico emplea la *teshuvah* o *shuvah* (griego: *metanoia*) y sus sinónimos, con el significado de retorno (a Dios), conversión del corazón, arrepentimiento, penitencia, cambio de mentalidad. Todos los sinónimos indican la misma realidad: aceptar a Dios, obedecerle cumpliendo su voluntad manifiesta, abandonar la vida anterior y sus obras malsanas y ambiguas, romper de una vez para siempre con el pecado, volverse a Dios fiel y permanentemente. En una palabra, significan aceptar el ser liberados por Dios, y cambiar así la propia actitud en forma radical y definitiva.

En la liturgia no sólo se pide obtener el don de la conversión -que es el don del Espíritu de Dios- sino que este don es aceptado y vivido por cada fiel en particular y, principalmente, por toda la comunidad de los fieles, en un radical y continuo espíritu de conversión a Dios y de abandono de las repetidas infidelidades al Evangelio. La conversión es la apertura en justicia al Dios y Señor, y al hermano, apertura sin la cual el sacrificio no es aceptado (*Mt 9,13; 12,7*, que retoma *Os 6,6*) porque quien lo ofrece es todavía esclavo del pecado, no goza de la libertad de los hijos de Dios.

El don de Dios que es el Espíritu, mediante la fe y la esperanza, libera también del miedo. La *metanoia* es substancialmente fe en Dios que ha resucitado a Jesucristo de entre los muertos, y en base a esta fe después de Pentecostés, efusión del Espíritu sobre la Iglesia, se acepta el bautismo, es decir que en la continua presencia del Espíritu se acepta con-morir y con-resucitar con Jesucristo en obediencia perfecta a la voluntad del Padre. Destruído así el miedo, desaparece la inseguridad, mas surge el “temor de Dios”, esto es, según el penetrante lenguaje bíblico el deseo de la observancia perfecta de la Ley divina y del culto espiritual (en el Espíritu Santo) conforme a esa misma Ley divina.

El don de Dios que es el Espíritu, por medio de la *metanoia* que es también fe y esperanza, libera del odio. En el Cenáculo, en la noche de su ofrecimiento voluntario a la muerte, Jesucristo promulga la Nueva Ley. El monte Sión es el nuevo Horeb o nuevo Sinaí: en un contexto litúrgico hebreo, que desde ese momento es asumido y trascendido en el nuevo culto, Jesús promulga la Nueva Ley, que es el mandamiento único del amor incondicional al prójimo -mejor dicho, a Dios y al prójimo, inseparablemente- única verdadera forma característica y distintiva del cristiano, liberado desde entonces por Dios. Pero ese amor no es ni fuerza humana, ni esfuerzo humano, porque también él existe por el poder del Espíritu de Dios: el Espíritu que “recordará” a los verdaderos discípulos de Jesucristo la Palabra de Dios, sembrada por el mismo Jesús cual semilla fecunda; el Espíritu que se posará sobre los discípulos como fuego purificador, verdadero bautismo para la remisión de los pecados, y como fuego inextinguible que enciende la caridad. También esto acontece en el Cenáculo y no es al acaso que la tradición del Nuevo Testamento reúne tres acontecimientos fundamentales sucedidos en el Cenáculo: proclamación del mandamiento del amor fraterno, institución de la Eucaristía y Pentecostés del Espíritu que, en la Liturgia y fuera de ella, constituyen una verdadera unidad que ninguna voluntad humana podrá separar. El hombre nuevo, liberado y libre, el cristiano -objeto también, por lo tanto, de la reflexión teológica y moral- es aquel que se ha convertido, se ha transformado en eucaristía viva, que ama, que vive todo el potencial de sus facultades creadas por Dios, y que es movido final y solamente -pero en su libertad fundamental- por el Espíritu de Dios.

La *metanoia* por fin produce otro fruto: la liberación de la división, pecado primero y último, es decir, produce la unidad de los discípulos. Unidad ante todo con el Padre y con el Hijo (*1 Juan 1,3*) obrada por la presencia continua del Espíritu del Padre, y luego y coextensivamente, unidad con los hermanos ya liberados por el Espíritu, y con el resto del mundo para conducirlo a su liberación. En el vocabulario pascual que, repitémoslo, es vocabulario bíblico y litúrgico, esta unidad es llamada “*koinonía*”; comunión. El motivo de esta *koinonía* es expresado por una fórmula que continúa siendo clásica y que hoy es nuevamente propuesta, en primer lugar gracias a los esfuerzos verdaderamente providenciales del movimiento ecuménico: “Padre, no ruego sólo por estos, sino también por aquellos que creerán en mí... para que todos sean uno; como

Tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que Tú me has enviado” (*Juan 17,20-21* ver todo el capítulo 17).

Con la *metanoia*, acceso único a la perfecta acción litúrgica, verdadero inicio de la fe y de la esperanza perfeccionada en la caridad, el hombre, por medio de acciones litúrgicas cada vez más dignas y perfectas, reproduce en sí la condición en que se encuentra el mismo Jesús: *koinonía*, comunión con el Padre por obra del Espíritu Santo y unidad total de vida.

La Liturgia libera así al hombre y lo conduce a la *koinonía* con Dios y con sus hermanos.

#### 4- El bautismo

Mediante el Espíritu que procede de su única fuente, la Humanidad de Jesucristo Señor Resucitado, Dios libera al hombre conduciéndolo a la *metanoia*, libertad y liberación del pecado, del miedo, del odio, de la división mortal, de la injusticia. Pero para que esto suceda, el hombre debe morir de algún modo: la *metanoia* divina hace que el hombre viejo muera a sí mismo, le conduce a la verdadera muerte del bautismo de penitencia para la remisión de los pecados: ésta es la predicación primera de la Iglesia apostólica en la gozosa mañana de Pentecostés (*Hechos 2,38 y 2,39*). Después de la conversión del corazón, don del Espíritu y don pascual escatológico, irreversible, concedido una vez para siempre, es necesario recibir el sello del Espíritu para ser configurado a la misma muerte dolorosa que hizo merecer a Jesús el premio de su exaltación a la diestra del Padre: que es la única obediencia perfecta a la voluntad del Padre.

De este modo la Liturgia, comenzando por la *metanoia* y la acción bautismal, procede por actos de liberación progresiva. En el bautismo, el hombre convertido, arrepentido, penitente, cambiada su mentalidad, es liberado -para usar las plásticas y realistas imágenes bíblicas y evangélicas- de la sordera, de la mudez, de la ceguera, de la parálisis, de la incapacidad radical de ejercitar el sentido del olfato. La catequesis primitiva del Nuevo Testamento, al hablar en estos términos, exige acciones consecuentes y lógicas.

La sordera espiritual es un cerrarse a Dios y a su Palabra, es encerrarse en sí mismo como retorno sobre sí y división de la propia “unitotalidad” de existencia (que es por naturaleza una verdadera y propia “apertura” al resto de la realidad), es cerrarse al prójimo. La acción contraria es la apertura como “oyente”, pero oyente no tanto físico, indiferenciado, sino cualificado por la fe y la obediencia. El “*effeta*, que significa: ábrete” produce, en cuanto acción divina, el escuchar la Palabra liberadora que Dios hace llegar hasta el hombre completamente ensordecido por el pecado. La Liturgia pone de continuo en obra la sucesión de ideas trazada por San Pablo: Dios envía a sus apóstoles (misión), los apóstoles anuncian el Evangelio de Dios (predicación), el Evangelio es la Palabra de Cristo Resucitado, (el “*rhema tou Christou*”), la Palabra suscita la fe (*pistis*) obediencial, la fe conduce a la glorificación (*homología*) de Dios, y finalmente la glorificación es la causa de la salvación (*sotería*): *Romanos 10,8b-17*. A la sordera espiritual acompaña el mutismo espiritual, es decir la voluntad de no comunicarse ni con Dios, ni consigo mismo en la profundidad del propio ser, ni con los hermanos: es permanecer cerrado e inexpresivo, es no aceptar intercambio vital ni enriquecimiento alguno. Mas la Palabra divina que suscita la fe, en el impulso a Dios, en la unidad personal restaurada, en la reanudada comunicación con los hermanos lleva connaturalmente a la exaltación y a la glorificación de Dios (*Rm 10,9-13*): ésta es la homología que es doxología, sin la cual toda *metanoia* y toda fe siguen siendo esencialmente inauténticas, cuando no mentirosas. La Liturgia, desde sus primeros exorcismos a los catecúmenos, aparece siempre, según el ejemplo dado por Jesucristo durante su vida histórica como la gran “desligadura” de la lengua claramente expresada como don que sólo Dios puede conceder: “Señor, ábreme los labios y mi boca proclamará tus alabanzas” (*Sal 51,17*). La homología - doxología, o confesión clara de Dios y de sus obras admirables, hecha común a todos los hermanos, en la fundamental y reanudada comunicación

del hombre liberado (cf. *Sal* 51,16: “Líbrame de la sangre derramada, y aclamará mi lengua tu justicia”) conducirá luego connaturalmente a la homología - doxología máxima, que se realiza en la celebración eucarística plena y comunitaria del Misterio Pascual.

Pero la liturgia del bautismo se presenta además como la gran liberación de la ceguera. No es al acaso que en el vocabulario bíblico-litúrgico el bautismo, con los ritos sugestivos que lo acompañan, es llamado *photismos*, iluminación es un tema patrístico y catequístico central (cf. Justino, *I Apología* 61; PG 6,420; Dionisio Areopagita, PG 2,392, Cirilo de Jerusalén, *Catechesis baptismal, passim*). El catecúmeno es progresivamente capacitado para usar todas sus facultades, creadas por Dios sanas y buenas, pero que él ha inficionado por el pecado: y entre estas facultades restablecidas se cuenta también la de la visión espiritual. La visión espiritual se dirige ante todo y sobre todo hacia la “Luz del mundo” (*Juan* 8,12), “la Luz verdadera que ilumina a todo hombre” (*Juan* 1,9), luz que es la Verdad misma que nos hace libres (*Juan* 8,32) y que nos es otorgada por el Espíritu de Dios. El tema de la Luz de vida y del Agua de vida vinculado a la Liturgia bautismal, proviene de la teleología bíblica de ambos Testamentos y se encuentra también como realidad escatológica: será litúrgicamente vivida en la eternidad por toda la *Hagia Klete*, la “Convocación Santa” que es la Comunidad mesiánica de los liberados.

Finalmente, la Liturgia del bautismo aparece también como suprema liberación de las ataduras del pecado, tanto de las conocidas cuanto de las conocibles y aún de aquellas más insidiosas por ser desconocidas, en suma, de la parálisis espiritual. Según la narración del *Éxodo* (4,11) Moisés ya aparece como esencialmente tardo de boca, de lengua, de oído. Pero el Señor le dice: “Así pues vete que yo estaré en tu boca y te enseñaré lo que has de decir” (*Ex* 4,12). Sólo Dios puede conceder este don: el hombre esclavo del Faraón, como cantan aún los textos litúrgicos en la sacratísima Noche de Pascua, vive en la tierra del pecado, es radicalmente incapaz de iniciativas de liberación y de auto liberación, vive progresivamente su muerte, mas he aquí que ahora es capaz -¡una vez más y siempre, don gratuito de Dios!- de “clamar a Dios”. Entonces Dios lo libera, lo arranca de la tierra del pecado y de la opresión y del miedo y del odio, con mano poderosa y brazo extendido, lo torna ágil y fuerte, lo hace caminar por el desierto de los peligros, de la sed y de la muerte, lo conduce y lo guía hasta la bienaventurada Tierra de la Promesa, lo capacita para las obras mismas de Dios. Y éstas consisten esencialmente en “la fe, que actúa por la caridad” (*Gálatas* 5,6b). La parálisis y la vejez antiguas han desaparecido, comienza el dinamismo divino y la juventud espiritual: se inicia el estado de libertad y de liberación adquirida y conservada. El fiel que ha muerto a la sordera, al mutismo, a la ceguera, a la parálisis, -tal como ha muerto al pecado, al miedo, al odio, a la división- está preparado para ser alimentado por Dios con la misma vida divina, La fe y el, bautismo alcanzan ahora su grado total de liberación, la libertad intensamente vivida.

## 5- La Eucaristía

Un pasaje decisivo de santo Tomás de Aquino sobre la eucaristía (*ST* III-79-1,1 y paralelos) recapitula cuanto se afirma en el Nuevo Testamento -que a su vez recoge textos y en enfoques, principalmente del Deuteronomio, sobre el alimento que Dios hizo bajar del cielo-, en los textos de la liturgia antigua y en la sobras de los Padres en especial las de introducción mistagógica a la Liturgia eucarística.

Dice Santo Tomás acerca de la eucaristía:

“Quod hoc sacramentum ex seipso virtutem habet gratiam conferendi: nec aliquis habet gratiam ante susceptionem huius sacramenti, nisi ex aliquali voto ipsius, vel per seipsum, sicut adulti, vel voto Ecclesiae, sicut parvuli”.

La Liturgia eucarística se presenta en el Nuevo Testamento como la realización plena de la liberación del hombre, iniciada en la *metanoia*, y en la fe y sellada por el Espíritu en el bautismo. Por eso algunos textos, como *1 Co 15* y *11*, presentan la fe *kerigmática* y la eucaristía de la Iglesia como una misma realidad, de idéntico contenido expresado en fórmulas similares, pero en contextos diversos (predicación misionera celebración eucarística). La Liturgia eucarística aparece así como la cumbre inigualable de la Historia de la Salvación: consumación plena del Misterio Pascual. Ella es la última, la total liberación del hombre, porque es el encuentro final y personal, a través de la plena asimilación con Jesucristo Señor Resucitado, que de nuevo comunica el Espíritu del Padre. A esta luz comprendemos el valor vital de textos como *Juan 7,37-39*. En la fiesta litúrgica hebrea de los Tabernáculos, Jesús anuncia en el Templo la misión que ha recibido del Padre, la cual poniendo en acto el plan divino, será causa de verdadera liberación. Dice Juan: «En el último día de la fiesta, el más solemne, Jesús, puesto en pie, exclamó con voz fuerte: “Quien tenga sed, venga a mí y beba. Quien cree en mí, como ha dicho la Escritura (cf. *Pr 18,4; Is 12, 3; 44, 3*): De su seno correrán ríos de agua viva”. Esto lo decía refiriéndose al Espíritu que hablan de recibir los que creyeran en él; porque a fin no había espíritu pues Jesús no había sido glorificado todavía» (*Juan 7,37-39*). Nuevamente cumple Jesús una acción profética significativa en el contexto de una Liturgia: es una promesa eficaz que se hará patente en la mañana de Pentecostés.

Con la institución de la eucaristía, los fieles que en la *metanoia*, la fe y el bautismo -sello del Espíritu-, se asimilaron a Jesucristo muerto y resucitado en virtud del encuentro personal con su Humanidad, serán liberados de la muerte, del hambre, de la sed, y del mayor mal que trunca las facultades del hombre: la inapetencia espiritual. La celebración eucarística en la fe realiza esta liberación. Aludimos sólo brevemente a algunos textos bíblicos, con frecuencia recogidos y utilizados por la tradición litúrgica en la gran plegaria eucarísticas tanto en Oriente cuanto en Occidente, y utilizados también por la sana predicación litúrgica.

1. La muerte espiritual y física del hombre sobreviene pese a todo alimento humano. El hombre es principalmente esclavo del sustento material. El capítulo 8 del *Deuteronomio* es una predicación de Moisés a los Hebreos, que en el desierto solicitaban y esperaban de Dios, comida abundante. Pero Dios precisamente los habla humillado y hecho sufrir para liberarlos de su dura cerviz, y luego los había alimentado con el maná para mostrarles de una vez para siempre que sólo Él alimenta, y alimenta ante todo y sobre todo no con pan material, necesario no obstante y concedido hasta la saciedad al hombre pecador, portador de esclavitud y de muerte, sino con toda palabra que de la boca de Dios desciende hasta el hombre. Palabra viva y vivificante, que es la misma Sabiduría de Dios, la cual prepara el banquete y convida a sabios e ignorantes a celebrar juntos la vida divina y de este modo ser liberados (*Pr 9,1-6*); Palabra-Sabiduría divina que por fin se presenta como la Persona misma de Jesucristo, Hijo de Dios e Hijo del Hombre. Y esta persona es la Vida divina: no sólo una vida espiritualizada, idealizada, abstracta, sino una Vida tan concreta y real que se hace alimento para dar vida al hombre. El hambre y la muerte son pues vencidos por el alimento y por la Vida, que llegaron a ser asimilables para la naturaleza humana en su estructura espiritual y corpórea. En el gran discurso eucarístico de *Juan 6,22-71*, prevalece absolutamente el tema de la Vida: Vida divina, para la vida del mundo entero. El mundo es liberado del hambre y de la muerte por la acción divina, mediante el alimento que da la Vida.

2. En primer lugar, muerte que era hambre. Los Padres en el desierto comieron, pero no quedaron liberados del hambre. Era necesaria otra comida, un “pan de Dios” en el que obrase la divina Presencia. En el Antiguo Testamento se podía aún comer el “pan de Dios” y morir (*Sal14,4*, aludiendo al Israel de Dios) pero en el Nuevo Testamento el “Pan de Dios” (*Juan 6,33*) da la vida porque es la misma Vida personal que se dona. Desde los textos de san Ignacio de Antioquía (*Ad Eph. 5,2; Ad Rom. 7,3*; cf. *Ad Rom. 4,1*), portavoz a su vez de una tradición primitiva, en la Liturgia Eucarística se ha seguido usando siempre la expresión *-artos tou Theou-* “pan de Dios”, y otras semejantes.

3. Y luego, muerte que era sed. Los padres en el desierto bebieron el agua de la roca, que brotara con ocasión de su protesta contra Dios, y el patriarca Jacob cavó un pozo al pie del monte Garizim, pero todos murieron. Jesús promete y da su Sangre como bebida verdadera que vivifica para siempre, su Agua de vida que sacia la sed para siempre. La sangre de la eucaristía, el agua del bautismo. Palabra-Sabiduría de Dios que sacia la sed, sangre sacrificial que vivifica y reconcilia en la *koinonía*, comunión con Dios. De esta manera la Palabra-Sabiduría de Dios se hace bebida y comida, vida y liberación, salvación. Se hace liberación del hambre y de la sed, es decir, de la miserable condición del hombre dividido en sí mismo, alienado y separado de Dios, de su voluntad, de su Palabra, de la obediencia que le debe ¡El hombre hambriento y extenuado, sediento, oprimido y desesperado! Una vez más, la Liturgia eucarística es lugar, momento y medio privilegiado de esta liberación y re-estructuración vital del hombre.

4. Y por último, la eucaristía libera de la más terrible forma de separación de Dios: la inapetencia espiritual. En esta inapetencia confluyen todos los aspectos enunciados más arriba: sordera, mutismo, ceguera, parálisis progresiva, intelecto ofuscado, incapacidad de reaccionar contra el hambre mediante la alimentación, es decir rehusar alimentarse con la aceptación de la Palabra, la Sabiduría, el alimento de Dios y del prójimo, evitando todo contacto con Dios y eventualmente con el prójimo, viviendo como si Dios y el prójimo no existieran. Esta es hoy una enfermedad característica de la gran mayoría de los cristianos, aún de aquellos que “practican”. La inapetencia se ha propagado, asumiendo en el correr de los siglos un aspecto típicamente eucarístico. La progresiva y ordenada liberación del hombre presupone un continuo convertirse después de la primera e irreversible conversión, crecer en la fe, vivir su bautismo y alimentarse de acuerdo a su “ritmo” propio. Sabemos que en el transcurso de los siglos, el “ritmo” eucarístico ha sido históricamente muy diverso. El que se haya establecido en el Occidente latino y cristiano que el fiel que no comulgaba por lo menos una vez al año, dejaba en cierto modo de ser cristiano, es verdaderamente el “*infimus limes*” de la moral sacramental y salvífica cristiana, y denuncia además que en el Occidente medieval, mientras la inteligencia alcanzaba cumbres altísimas, el “ritmo” nutritivo del cristiano había decaído. Hoy este ritmo va creciendo lentamente, pero no tenemos todavía una clara conciencia de cuál es y cuál debiera ser, la medida idónea para cada comunidad de fieles. No hay duda que la inapetencia eucarística ha sido y sigue siendo causa del progresivo abandono de la fe viva y operante: es la consecuencia ya advertida por el claro y terminante: “el que no come mi carne y no bebe mi sangre no tendrá en sí la vida”. No se rechaza impunemente el “don de Dios”.

#### 6- Los “*Tabernáculos eternos*”

La Liturgia como lugar, momento y medio privilegiado de la liberación y de la libertad del hombre, tiene también una proyección definida e irresistible hacia una escatología ya comenzada y aún no consumada. Vivimos ya nuestra escatología puesto que mediante la *metanoia* y por la fe, hemos comenzado a participar del único e indivisible Misterio Pascual, verdadero inicio de los últimos tiempos.

La proyección hacia la escatología consumada y consumadora de las últimas realidades imperfectas, tiene lugar ante todo y sobre todo en la liturgia, es decir en la vida de auténtica conversión y de fe, vida que por su naturaleza constitutiva tiende hacia una Liturgia siempre más perfecta, sacando de ella la substancia para una cada vez más intensa vida de auténtica conversión y de fe, y así sucesivamente. Pero también este aspecto implica una liberación ulterior: de la caducidad, de la condición humana en sí misma, de la tristeza.

1. Durante la Liturgia bautismal y la eucarística -para limitarnos al ámbito restringido que al comienzo escogimos- se recibe en la conversión y en la fe la promesa, la primicia, las arras del Espíritu de Dios. Pero las arras no son una prenda ilusoria, que quien la da o quien la recibe pueden perder: es el comienzo real de la retribución total y generosa, que no puede faltar. En el Espíritu de Dios, recibido de una vez para siempre en la *metanoia* y en la fe (y que aún se recibe

y se seguirá recibiendo siempre en la Liturgia) el hombre tiene la seguridad de la vida. No se trata de una seguridad puramente humana, ni de la “vanagloria” de las propias obras que la Biblia condena sin apelación. Se trata por lo contrario del don de Dios que es uno y que no puede ser fraccionado. Dios da irrevocablemente como llama irrevocablemente (*Rm* 11,29).

Por esto la liberación efecto de la Liturgia vivida en la continua presencia del Espíritu de Dios, es una verdadera liberación: es anticipo de la postrera realidad divino-humana.

La tradición bíblica nos presenta esta realidad con un lenguaje metafórico y figurado sumamente significativo, como una perenne e indeclinable Fiesta de los Tabernáculos eternos. El *Apocalipsis*, por ejemplo, presenta la vida eterna como una eterna Liturgia de alabanza celebrada por el Cordero y por cuantos han sido rescatados por su sangre (por ej. 14,4), una Liturgia cuyos elementos son, como en la Liturgia hebrea de los Tabernáculos, el agua, la luz, la vida representada por el árbol de la vida. Un agua perenne, una luz sin ocaso -como canta la Liturgia lucernaria- un árbol de frutos vivificantes y eternos. La Liturgia transporta al fiel desde el anticipo humano a la estabilidad dinámica de la realidad celeste, porque ella es una irrupción en la tierra de la Liturgia celestial celebrada por el único Sacerdote del Padre, Jesucristo Resucitado. La caducidad mortal ha desaparecido.

2. En esta perspectiva de la Fiesta de los Tabernáculos eternos, la Liturgia libera también al hombre de la tristeza. En el vocabulario pascual, que es vocabulario *kerigmático*, resuenan varios términos, cuyo centro, como hemos visto, es la fórmula primitiva: “El Padre ha resucitado a Jesucristo de entre los muertos y lo ha colmado del Espíritu Santo”. Pero esta forma está incluida entre dos términos reales que permiten su comprensión y asimilación vital: la *metanoia*-fe y la alegría. Esta última tampoco es un acto puramente humano, sino humano-divino en cuanto don exclusivo del Espíritu de Dios. En el relato neotestamentario desde la Resurrección hasta el Apocalipsis, resuena constantemente el término chara, alegría, exultación o el término *agalliasis*, y sus sinónimos. El hombre que en la *metanoia*-fe acepta vivir la Muerte y Resurrección de Jesucristo, y por lo tanto participar en la Liturgia pascual eucarística, memorial eficaz de dicha Muerte y Resurrección, es liberado de la tristeza humana, de la desesperación, de la inseguridad. Es evidente que ninguna Liturgia libera, ni pretende hacerlo, del dolor físico o moral, precisamente porque la Liturgia supone un hombre que viva plenamente su cruz, (“quotidie” añade *Lucas* 14,27, a los otros sinópticos, porque él parte de la experiencia de la Iglesia en el mundo) que muera momento a momento para finalmente resucitar. Pero Jesucristo resucitó una vez para siempre y ya no muere más: al celebrar con la Liturgia este acontecimiento supremo, el hombre debe expresar su gozo perfecto, su alegría que es fe expresada en homología-doxología, la cual es asimismo don de Dios. Es la alegría de las mujeres que descubren vacío el sepulcro de Jesús -¡alegría, sin embargo, no exenta de temor frente a Dios!-; de los discípulos que reciben el Espíritu en el Cenáculo, de los primeros judíos que escuchan la predicación pentecostal de los Apóstoles recién salidos del Cenáculo donde han recibido la efusión del Espíritu, de los Apóstoles ante las autoridades de este mundo a las que deben dar testimonio de la Resurrección; de los mártires que confiesan “Kyrios Christos”, Jesucristo es Señor, es decir Dios, y por ello son matados por el “Kyrios Kaisar”, el César auto divinizado; de las muchedumbres de los cristianos, los cuales, según se desprende de los textos de los Padres, conservaban en el corazón, y en el semblante la alegría de la mañana de Pascua, que es la misma alegría de la mañana de Pentecostés: la alegría de la Fiesta de la luz, del agua de la vida, del Espíritu de Dios, de los Tabernáculos eternos.

3. Finalmente, esta Fiesta eterna libera al hombre de su condición humana caída. La Liturgia de los Tabernáculos, según la descripción bíblica, se celebrará cuando, conforme a la antigua promesa de los Profetas (cf. *Is* 49,10-25), el Señor, esto es “el que está sentado en el Trono, extenderá su tienda sobre ellos; ya no tendrán hambre ni sed, ni caerá sobre ellos el sol ni ardor alguno, porque el Cordero que está en medio del trono los apacentará y los guiará a los manantiales de las aguas de la Vida, y Dios enjugará toda lágrima de sus ojos”. “Y ellos verán su Rostro y llevarán su Nombre en la frente. Ya no habrá noche: no tienen necesidad de luz de

lámpara ni de luz de sol, porque el Señor Dios los alumbrará y reinarán por los siglos de los siglos” (*Ap* 7,15-17; 22,4-5).

Entre tanto la liturgia en la cual participamos aquí abajo fundamenta concretamente la esperanza de esta nueva y más real condición. Aquí se insertaría el tema de la grandiosidad, apenas perceptible, de la Liturgia celestial ya iniciada con la Cruz y la Resurrección, y de la cual la Liturgia humana es reflejo, proyección terrena, primer y rudimentario esbozo, pero también acceso indispensable y condicionante. El libro de los *Números*, el *Deutero-Isaías* y el *Trito Isaías*, los *Salmos*, *Ezequiel*, la *Carta a los Hebreos*, el *Apocalipsis*, presentan la vida de la comunidad mesiánica del éxodo, o del retorno del exilio, o de la peregrinación anual a la Jerusalén de Dios, o de la “panegyris”, la fiesta del cielo iniciada con la Resurrección de Jesucristo, como la liberación de la muerte, como una inmensa y vital reordenación de la humanidad, como una ininterrumpida procesión litúrgica (“panegyris”) de todo el pueblo de los redimidos iniciada con la Pascua del éxodo de Egipto, verificada con la Pascua de Resurrección y consumada finalmente con la llegada, verdadero retorno, gozoso y festivo, a la, Casa del Padre, Y todo esto ocurre en una Liturgia que se desarrolla en la mediación necesaria de Jesucristo Señor Resucitado y en la continua presencia, vivificante y santificadora del Espíritu de Dios. La tradición teológica, patristica, litúrgica y espiritual ha conservado constantemente este aspecto, de excepcional valor bíblico, verdadero, dinámico.

### *Conclusión*

En este sintético comentario hemos tratado de bosquejar ciertos aspectos de la antropología litúrgica, que en algo contribuyen al estudio del hombre, antes y después de su liberación divina. Pecado, miedo, odio y división por un lado, y conversión-fe, esperanza, comunión-caridad por el otro, sordera, mutismo, ceguera y parálisis espiritual por un lado, y audición obediencial, glorificación de Dios, luz de verdad, obras divinas por el otro; muerte, hambre, sed e inapetencia por un lado, y vida, alimento vital, agua de vida eterna y hambre eucarística por el otro, caducidad, tristeza, condición humana de pecado por un lado, y certeza de la vida sin fin, gozo eterno, consolación incesante por el otro. Estos y otros términos contrapuestos encuentran su solución en la Liturgia, como vida de continua conversión del corazón, de fe, como vivencia del propio bautismo, como participación intensa en la celebración eucarística.

Es evidente que el objeto específico de esta antropología no es un hombre cualquiera, abstracto, no individualizado, sino el hombre “pascual” es decir liberado por obra divina en la historia que encuentra su necesaria culminación en el Misterio Pascual, Muerte y Resurrección de Jesucristo. Un hombre, por lo tanto, que encuentra su real y auténtica autosuficiencia en Dios y solamente en Dios; un hombre abierto ilimitada e incondicionalmente a lo divino, para recibir el continuo e inextinguible don de Dios, que es el Espíritu, enviado por el Padre a través de su única fuente, la Humanidad de Jesucristo Señor Resucitado, al hombre que vive en la Comunidad mesiánica de la salvación.

Se trata por eso de una antropología que abarca todos los aspectos dinámicos de la salvación, en la continua tensión hacia la consumación total de las realidades infrahumanas en las realidades preparadas por Dios para cuantos lo aman.

Queda así confirmada definitivamente la afirmación negativa y disolvente de J. P. Sartre: el hombre es “arrojado”. Es verdad: el hombre es “arrojado” por Dios. Pero Dios lo arroja como podría hacerlo con un “boomerang” que sabiamente, divinamente manejado vuelve siempre a su origen, liberado y con plena libertad.

De este modo se nos revela todo el valor de la teología expresada en textos tales como el “Apolytikion anastásimon” de la Liturgia bizantina griega: “Oh misericordioso, tú descendiste

de lo alto y aceptaste la sepultura de tres días para librarnos de los sufrimientos ¡Gloria a ti, Señor, Vida y Resurrección nuestra!”.